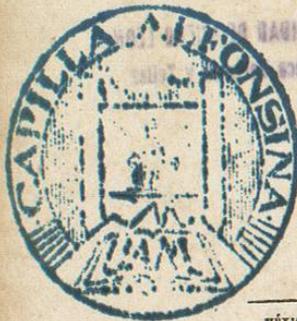


BV4597

F41



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MÉXICO.—IMPRESA DE ANDRADE Y ESCALANTE, CALLE DE TIBURCIO NÚM. 19.—1863



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

PRIMER DISCURSO.

EL RESPETO A LA AUTORIDAD CONSIDERADO COMO UNA DE LAS FUENTES
DEL PROGRESO SOCIAL.

SEÑORES: hemos dicho ya en nuestros últimos discursos de qué medios se vale Jesucristo para hacer caminar á la humanidad por la senda del progreso moral que prepara todos los demas progresos, conduciéndoles por la senda que deben seguir, evitando así que se separen de su objeto, y haciendo que fructifiquen á su debido tiempo.

Al crear los santos á imágen suya, quiso Jesucristo confundir los excesos del orgullo con el heroismo de la humildad; los de la codicia con el heroismo de la pobreza; los de la sensualidad con la penitencia; y por último, con su amor, fuente de todas las virtudes, la concupiscencia, causa de todos los vicios. Con este mismo amor destruyó el egoismo, causa universal de decadencia; y para los mas humildes, los mas pobres y los mas austeros abrió los senderos del progreso moral, para que la muchedumbre, atraída por

003422

el heroísmo del ejemplo, los siga, aunque á paso lento, para llegar á la cumbre de la perfeccion.¹

Tal es el progreso que predicamos, porque es el único que podemos predicar; el que nos enseñó nuestro Divino Maestro. Esta doctrina encontrará siempre contradictores en todo el mundo como los encontró el mismo Jesucristo; *Erit in signum cui contradicetur*; pero precisamente esas contradicciones son las que la hacen triunfar perpetuamente. No debemos olvidar, sin embargo, que Dios nos prohíbe maldecir á los que profesan doctrinas contrarias á las nuestras, y antes por lo contrario, nos exige que les compadezcamos y roguemos por ellos.

Fijemos nuestra atencion, señores, en estas palabras: *La virtud cristiana es la fuente del progreso moral*, porque manifiestan que el progreso del cristianismo se debe á la virtud. No creamos, empero, que Jesucristo se ha propuesto solo el perfeccionamiento moral de los hombres; su influjo produce en las almas el progreso moral, y todo progreso recibe de ese influjo el mismo impulso. Elevando al hombre, eleva al mismo tiempo cuanto tiene relacion con el hombre: la sociedad, las ciencias, las artes, la industria y aun la misma economía. Al tratar aisladamente cada una de estas materias, procuraremos probar la accion que ejerce Jesucristo en todas ellas. Pero como no nos es posible hablaros de todas estas cosas, á un mismo tiempo, esperamos nos otorgueis con benevolencia vuestra atencion, cuanto es necesario, para esponeros con claridad estas verdades.

¹ Véanse los sermones predicados en 58.

Los medios empleados por Jesucristo para cimentar el órden moral, son los mismos de que se ha valido para cimentar el órden social. Nos hemos propuesto demostrar este año que, valiéndose Jesucristo de las verdades sociales que proclamó, cimentó de la manera mas eficaz el verdadero progreso de la sociedad. Por esto nos proponemos demostrar en este lugar, que Jesucristo es el verdadero principio y la única causa del progreso; que el Evangelio es el código divino de la sociedad, y que el predicador evangélico tiene la sagrada obligacion de esplicar con la verdad religiosa la verdad social.

Pero no creais, señores, que el tribuno reemplazará al apóstol, ni que suplirémos con la política el Evangelio. Esplicarémos la verdad social enseñada por Jesucristo, con toda la libertad otorgada por el Divino Maestro; pero no traspasarémos los límites que nos señalan el lugar en que estamos y el objeto de nuestro discurso. Recorrerémos un vasto horizonte y elevarémos á una grande altura nuestros pensamientos, dejando á un lado las opiniones, los sistemas y los partidos que dividen á los hombres.

Harémos que en todo nuestro discurso no se encuentre ni una sola alusion á un gobierno, ó á un personaje de la política contemporánea.

Lejos de que tales sean nuestras intenciones, diremos que desaprobamos cuanto pudiera hacer sospechar lo contrario; si alguno quisiera hacernos decir lo que no digamos, tenga presente que sobre él pesará lo que se suponga que hayamos dicho, pues no serémos responsables sino de lo que diremos.

La verdad nos es muy grata, y no nos átreverémos

por lo tanto á cubrirla con un velo indigno de ella. No faltará tal vez quien pregunte, á qué partido pertenecemos y cuál es el pendon que enarbolamos. Mas nosotros, cumpliendo con nuestro deber, ni diremos cuál es nuestro partido ni enseñaremos bandera alguna. Hijo de la Francia y apóstol del Evangelio, hago mi profesion de fe y os digo: Pertenezco al partido de Dios y de la Francia, y enarbolo el estandarte de Jesucristo y de la sociedad.

Héchas estas declaraciones, que juzgamos necesarias para destruir preocupaciones inoportunas, y falsas interpretaciones, buscaremos en la luz de Jesucristo las causas del verdadero progreso social.

No hace mucho tiempo que en todas las fachadas de nuestros edificios se leían tres palabras, que eran como el símbolo del progreso de la sociedad. Estas tres palabras eran, *libertad, igualdad y fraternidad*.

Nos hemos propuesto hablar próximamente del sentido evangélico de estas tres palabras; pero antes de esto hay que llenar un grande vacío. Si estudiamos seriamente esa fórmula que se nos quiere presentar como el medio para conseguir la perfeccion de las sociedades, notaremos que se ha omitido en su lema cuanto existe de mas radicalmente social, es decir, la *autoridad*; la autoridad, sin la cual no pueden existir ni la libertad, ni la igualdad, ni la fraternidad verdaderas; la autoridad, sin la cual el progreso no puede existir, porque sin ella no puede tener existencia ni la misma sociedad. El vacío que notamos en esas tres frases, no puede ser hijo mas que del olvido ó del desprecio.

Antes de seguir mas adelante, me propongo sentar por principio, que Jesucristo es el fundador del progreso social; que la causa primordial del progreso es la autoridad, y que Jesucristo es la fuente de la autoridad. Por hoy nos ocuparemos solo del primero de estos dos puntos, demostrando que la autoridad es la basa principal del progreso, y que es ademas la necesidad primera en nuestra época.

I.

Tenemos la certidumbre de que cada palabra que pronunciamos para probar que *el respeto á la autoridad es la fuente del progreso social*, servirá para probar mas y mas que el anticristianismo se opone eternamente, no solo al buen sentido, sino al mismo Jesucristo. El anticristianismo moderno predica el progreso social, pero todos sus argumentos tienden á destruir la autoridad: quiere destruir la autoridad en la religion, en la familia, en las tradiciones y en la sociedad misma: este es el progreso que nos enseña el anticristianismo. La consecuencia natural de esta filosofía, que es la mas profundamente antisocial que se haya visto, es que la esencia del progreso reside en todas las cosas de una manera absolutamente independiente. Cuando Satanás, inspirado por el genio del mal, se hizo rebelde, no aspiraba á otra cosa; no queria depender de nada, ni sujetarse á nada. Algunos hombres, llegando á la esencia del error, han

adoptado esta lógica del error, y han dicho, contradiciéndose de la manera mas palpable, que el progreso social es el individualismo absoluto, el hombre libre de toda autoridad, inclusa la autoridad de Dios. ¡Y hemos podido oír sin estremecernos estas palabras infernales y á las cuales se supone hijas del progreso social: “*¿Quién nos libertará de la autoridad y de la religion?*” Señores, esta idea es la última que nos ha lanzado el anticristianismo, el cual pretende que la sociedad progresa á medida que se destruye la autoridad social; mientras el cristianismo nos enseña diferentemente, que la sociedad progresa á medida que la autoridad se consolida.

Pero antes de continuar, os explicaré lo que entiendo por esta palabra Autoridad. Si buscamos su origen, la autoridad viene de la creacion. Todo el que es criador es autor, y todo el que es autor ejerce autoridad sobre su creacion. Esta es la esplicacion radical de la autoridad, y decimos radical, porque esplica el origen mismo de la palabra. Como quiera que Dios es, rigurosamente hablando, el único Autor, porque es sin duda alguna el único Criador, tambien es Señor de todo porque es principio de todo. Teniendo el hombre el poder de crear, claro es que ejerce autoridad desde el momento en que es creador. Donde existe una creacion terminada por un sér libre, existe tambien una autoridad. De esto se deduce que existen autoridades en las ciencias, en las artes y en las letras. Todo el que por el brillo de su talento ordena y embellece las ideas, es considerado como una autoridad, y por esto se dice de los grandes oradores que tienen la autoridad de la palabra. Donde quiera

que el genio ha remontado su vuelo, ha sido considerado como autoridad. Inútilmente tratarán algunos de destruir el orden de las cosas, pues desde el momento mismo en que un hombre se distingue por sus producciones, es voluntariamente considerado por sus semejantes como una autoridad.

Una vez admitido este principio, fácil es de comprender cuál es la verdadera autoridad y cuáles las falsas teorías acerca de la autoridad social. Esta, como todas las demas, puede crear, y solo ella puede crear la sociedad, dirigiendo á los hombres por la senda del bienestar general. Dios, al formar la sociedad, formó tambien la autoridad, que es á la sociedad lo que Dios es al mundo; su autor, su director. Cuando los hombres, entregados á una lucha intestina, arruinan los pueblos, declaran que unos son esclavos de otros, desquiciando la sociedad hasta en sus cimientos, y ven aparecer de entre sus escombros á un hombre que, uniéndolos á todos, hace que trabajen todos juntos para reconstruir lo destruido, formando un pueblo libre y una sociedad dichosa, empleando el genio de que le dotara Dios para tan altos fines, ese hombre es la autoridad, ya sea que Dios le haya cometido el poder como á Moisés, de una manera directa, ya que se lo confiriera de una manera indirecta y por medio de agentes secundarios dirigidos á un solo fin; pero de una y otra manera se convierte en autoridad, ora de la sociedad creada por él, ora de la sociedad por él salvada de la general ruina. Y por mucho que se afanen en negar y aun combatir este poder, el poder existirá, y la sociedad será la primera que lo sostenga, siendo la primera que lo reco-

nozca. "Mándanos y te obedeceremos, le dirán, porque tú has podido sacarnos del caos para darnos libertad y orden; tú eres la autoridad."

Si comparamos esta autoridad con el despotismo y con lo que suele llamarse derecho de la fuerza, veremos que en nada se parecen. La autoridad, tal como la hemos explicado, es la fuerza moral; y si un hombre llega á poseer esta fuerza moral por derecho de nacimiento, por el sufragio de sus conciudadanos, ó por medios que por lo extraordinarios parecen emanados de la Providencia, ¿quién se atreverá á negar que el que se ve elevado así al poder es dueño de la fuerza moral? Los seres esencialmente libres y esencialmente morales no pueden ceder á la fuerza material para conseguir un fin; la fuerza material puede emplearse en caso necesario siempre que la autoridad lo juzgue oportuno para el buen orden de la sociedad, pero no por eso dejará de ser fuerza material para convertirse en autoridad. Esta es siempre una misma en su esencia, puesto que tuvo la facultad de crear la sociedad, ó en otros términos, el orden, la libertad y la estabilidad social.

Esta y no otra es la misión de la autoridad social. Engendra el orden haciéndolo estable, da libertad al movimiento y afianza en la sociedad el derecho de ser, de crecer y de producir, que constituyen el verdadero progreso.

En una sociedad constituida, el orden es el primer elemento y la vida del progreso social. Sin orden no puede existir el progreso, porque caminar sin orden es desviarse del camino del bien, mientras que el progreso social nos conduce á nuestro fin, que es el orden.

Para que una sociedad se constituya, el primer elemento que necesita es el orden, es decir, un orden duradero, que cuente para existir con la misma razón con que contó para vivir. La sociedad es un cuerpo moral llamado á ser, y para que sea, necesita con la facultad de existir, la de perpetuarse, es decir, un orden estable, ó en otros términos, la estabilidad y la permanencia en el orden. De ahí se deduce forzosamente, que lo primero que debe hacer una autoridad social, es establecer estas dos cosas que constituyen una sola. El orden, porque siendo por su naturaleza el centro de la vida social, es también la fuerza de la unidad; crea la unidad del cuerpo social en la multiplicidad de sus miembros, y este orden creado por el poder de la unidad, es mantenido por la autoridad social que se identifica con su propia unidad, fundando de esta manera el orden permanente sobre el principio de la estabilidad. Así vemos que por medio del primer acto de la autoridad, vive y se consolida en la sociedad el orden, y la da brillo y hermosura; la hermosura de la sociedad es el esplendor del orden.

Una vez establecido el orden, la autoridad procura establecer otro elemento necesario al progreso social, y es la libertad. La sociedad necesita expansión, porque no puede permanecer estacionaria como un cuerpo inerte; sino que por lo contrario requiere movimiento, porque es un cuerpo compuesto de seres activos y libres, cuyo desarrollo exige libertad de acción. El orden social sin la libertad más absoluta, se puede comparar á una estatua, en la cual se admira tal vez la belleza de las formas, pero á la que falta el movimiento y la vida. Vamos á indagar dónde está el po-

der capaz de crear la libertad en el órden y de formar una sociedad que siendo libre sea armoniosa. ¿A quién debemos la libertad social? ¿Es hija del genio de los hombres ó de un sistema de gobierno? ¿Es efecto quizás de las revoluciones? No, señores; la autoridad y solo la autoridad es la que produce la verdadera libertad y el progreso social.

Si recorremos la filosofia de la historia impregnada de exaltacion y exageraciones que marcó de una manera tan visible el espacio que média entre el fin del siglo pasado y el principio del presente, veremos que enseña á la juventud, ávida siempre de independencia, que las sociedades se engrandecen á medida que buscando su bienestar en la libertad, procuran emanciparse de la autoridad. El progreso social, decian aquellos filósofos, es la lucha perpetua de la libertad contra el fatalismo. Pero ellos tenian un lenguaje suyo; y en sus discursos, donde se confundian todas las ideas porque confundian todas las cosas, llamaban á la autoridad fatalismo y á la libertad independencia. Algunos escritores que habian merecido el renombre de sabios historiadores y pensadores profundos, tergiversando las cosas querian destruir la autoridad por medio de la libertad que ella les concediera, inculcando al pueblo la creencia de que las naciones agregan á su libertad cuanto cercenan á la autoridad. Para ellos, cuanto conseguia el desórden sobre la autoridad era un progreso, pues como tal era juzgado cualquiera triunfo obtenido contra lo que llamaban entonces pomposamente autocracias; es decir, autocracias religiosas, políticas y científicas, ó sea autocracias de todas clases. Para conseguir todos esos

episodios de desórden, se invocaba la historia del linaje humano, y cada avance del progreso social querian que se señalara con un triunfo de la libertad contra la autoridad.

La historia, empero, protestaba contra esa filosofia mentirosa manifestando por todas partes y por todos los medios que los pueblos han progresado y obtenido la verdadera libertad, á medida que se ha perfeccionado y consolidado entre ellos la verdadera autoridad. Podrá suceder que el progreso social, tal como ellos lo predicaban, presente algunas apariencias de verdad; mas yo, apoyándome en la historia, sostengo que esas apariencias jamas llegarán á ser una realidad. Podrán probarnos que algunos pueblos han perdido sus libertades por el abuso de la autoridad, pero jamas me probarán que hayan sido verdaderamente libres sino bajo la salvaguardia de una verdadera autoridad. Y la historia, señores, habla tan alto como la razon mas precisa. Donde reina la anarquía todos son señores, y donde todos mandan ninguno puede ser verdaderamente libre. Donde no hay autoridad no puede haber mas que anarquía; donde hay anarquía no puede haber libertad. Para que pueda existir la libertad en una sociedad en que el mal es permanente y amenaza destruirlo todo, se requiere una salvaguardia que defienda la libertad comun contra los ataques de uno ó mas individuos, y la libertad de cada uno contra los ataques de muchos. Esta barrera, esta salvaguardia es la autoridad; la autoridad, que es el bien y vela á mano armada en defensa de la libertad contra el despotismo; la autoridad, cuyos ojos están fijos sobre el mal; que levanta su poderosa ma-

no para detenerlo, y en caso necesario lo hiere con su espada para castigarlo.

Segun lo espuesto, señores, la autoridad, lejos de ser un mal para las libertades públicas, no es sino su sosten: en vez de hacer esfuerzos para destruirlas, procura cimentarlas; no las ve como enemigas pues que como hijas las considera. La libertad es á la autoridad lo que es un hijo á un padre. Existen hombres que son entre sí hijos y hermanos, y solo lo son porque hay en la familia un padre: en una nacion hay ciudadanos libres, precisamente porque existen hombres que ejercen la autoridad. El árbol de la libertad y el de la autoridad nacen y crecen en un mismo terreno, son cultivados por una misma mano y el mismo sol que los nutre los destruye; y hablaremos con mas propiedad si decimos que son dos árboles que forman uno solo, del cual la autoridad es el tronco, y la libertad son las ramas que brotan y se estienden para que salga de ellas la hermosura y la vida.

Una vez que la estabilidad de un gobierno ha producido el órden y el movimiento que se debe á la libertad, vemos brotar como por encanto el progreso, ó sea la fuerza productora. La fuerza productora no puede existir sino apoyada en la estabilidad; y como el movimiento por sí solo no fecundiza, si se separa de su camino se hace estéril. Si observamos detenidamente cualquiera producto de la naturaleza de los que viven para desarrollarse y se desarrollan para producir, encontraremos siempre dos cualidades que viven con ellos; el movimiento y la estabilidad. Todo lo creado se sostiene y produce por el principio permanente de armonía y fecundidad, ó sea por el

equilibrio de las leyes de la naturaleza. El mundo astronómico lo forma el movimiento de los cuerpos sujetos á la ley de gravitacion; el mundo animal es el movimiento de la vida sujeto á la ley de la generacion. Yo me propongo probar que el movimiento científico es el progreso de la inteligencia sujeto á las leyes del pensamiento. Fácil me será probar esto, porque hablo á personas instruidas; pero forzoso me es explicar el impulso secreto que da la autoridad á los pueblos, procurándoles por una parte la libertad con el órden y por otra el progreso con la estabilidad.

Si vemos en efecto que la autoridad social impulsa á los pueblos hácia el progreso, es porque su propio sér le exige el desarrollo de todas las inteligencias, sujetándolas á las leyes eternas de la justicia, que no pueden traspasarse jamas. Tengamos siempre presente que la autoridad social tiene la facultad especial de hacer de muchos millones de individuos un solo hombre; pero un hombre gigante cuya fuerza se multiplica por el número infinito de individuos que forman la unidad social; hombre poderoso y fecundo, porque libre y sujeto á un mismo tiempo, es decir, sujeto á sus deberes y libre para el progreso, desarrolla todas sus fuerzas que se emplean en producir el bien y destruir el mal.

Contemplemos por un momento á un pueblo compuesto de veinte millones de individuos, es decir, veinte millones de hombres que piensan y que obran, y forman un gran elemento de fuerza moral y material. Veremos aparecer entre estos á uno cuyas palabras son bastantes á hacer de todos ellos uno solo,